

AL OTRO LADO DEL RÍO

Desde que mi bisabuela mencionó aquel baúl, no lograba sacármelo de la cabeza.

Me había contado que perteneció a la madre de una buena amiga suya, y que ella se prestó para guardárselo en el desván. Siempre que iba a verla hacía el ademán de subir pero salían mil excusas de su boca: “cariño, las escaleras no son seguras”, “te llenarás de polvo, tu vieja abuela ya no puede subir a limpiarlo”, “no funciona la luz, lleva años estropeada”. Cada vez que añadía una pega, mis ganas solo aumentaban. Estaba segura de que algo escondía aquel baúl.

Pasaban los días y dejé de insistir, era mejor así.

Por fin llegaron las vacaciones de Navidad, solíamos pasarlas en familia en casa de la yaya, ya que vivía lejos de todo el barullo, al otro lado del río Cidacos. Vi la oportunidad perfecta para, de una vez, dejar de darle vueltas al tema del baúl. Tenía todo planeado: esperaría a la última noche del año, ya que esas copas en familia les harían dormir más profundamente y, mientras tanto, subiría al desván con mi linterna en una mano y con un paño en la otra.

Después de tantas horas imaginando lo que encontraría, por fin llegó el momento de subir. Recorrí el pasillo para asegurarme de que todas las puertas estaban cerradas y caí en la cuenta de que había llegado el momento. Era totalmente consciente de que podía haberme hecho unas expectativas demasiado altas, pero tenía esperanzas.

Planté el primer pie en el escalón, temiendo que fuera tan peligroso como ella decía. Me sorprendió que para nada estuvieran deterioradas. Ni las escaleras crujían ni el desván estaba lleno de polvo. Pude descubrirlo encendiendo la luz, que tras un par de parpadeos acabó por encenderse totalmente. Quise pensar que todo esto era casualidad, ¿por qué otro motivo mi abuela no me dejaba subir?

Entre todos los trastos conseguí ver lo que buscaba. Era de madera muy oscura, se podía notar que los años la habían envejecido. Me pareció curioso que era lo único que tenía polvo en todo el

desván. Tras limpiarlo pude ver lo que parecían unas iniciales grabadas, V.L. Me pareció raro porque la supuesta dueña del baúl no llevaba una L en su apellido.

Lo abrí, y para mi decepción no vi nada fuera de lo común, unos libros hechos de pieles y algunas hojas sueltas con borrones. Tras un rato ojeando, encontré en el fondo un cuaderno que se diferenciaba de los demás, tenía las dos iniciales del baúl escritas en una de las portadas. Lo abrí y vi unos dibujos que me llamaron mucho la atención, seguí pasando hojas y cada vez se ponía más interesante. Había algo que me parecieron recetas, pero no de cocina. También me di cuenta de que alguien lo usó como diario a finales del siglo quince. Me llamó mucho la atención que quien había escrito eso fuera una mujer que parecía de clase baja, ya que en esa época no era común. Seguí leyendo y no logro recordar qué pasó.

Me desperté en mi cama, con mi padre sentado al lado. Me contó que me había quedado dormida en el desván y me temí que alguien hubiera visto que había estado hurgando en baúl prohibido.

Subí en cuanto pude a comprobar que nadie había visto los libros y me encontré con el baúl en su sitio, empolvado como si nunca lo hubiera tocado. Con mucho cuidado abrí la tapa y vi que los libros estaban intactos, como si yo nunca hubiera estado allí. Fui a coger el diario que tanto me gustó la noche anterior y no estaba.

Quise pensar que todo venía de mi imaginación y que nunca había existido ese diario. No me duró mucho ese consuelo, yo no estaba loca, yo lo había tenido en mis manos. Fue un alivio que mi padre no diera importancia a haberme encontrado allí, mi bisabuela no se enteró nunca.

Necesitaba quedarme con la conciencia tranquila y decidí volver a buscarlo, pero esta vez más a fondo.

Me quedé sin respiración, el diario estaba allí. Quise pensar que aquello era una broma de mal gusto, que mi abuela me hizo para darme una lección por incumplir sus reglas.

Seguí leyendo por donde me había quedado la noche anterior. Todo era normal, dentro de lo posible, hasta que llegué a la última página que estaba escrita. Algo no cuadraba, la fecha era de hoy, cada vez tenía más claro que era mi abuela queriendo engañarme. Tenía curiosidad, así que seguí leyendo y me di cuenta de que la letra era exactamente

la misma que la del resto de páginas. Había también un dibujo de un árbol, no me pareció raro hasta que me di cuenta de que era exactamente igual que el del jardín de la casa. Un gran árbol que se caracterizaba por lo oscuro y seco que siempre había sido. El miedo aumentó cuando vi que al lado del árbol, había dibujadas unas siluetas que parecían de personas.



Aún había más, se podía leer un pequeño texto en la siguiente página:

Cada noche de luna llena, con mis hermanas me reúno bajo el gran árbol seco, para recordar aquellos días, esos, antes del fuego. Tú que te has atrevido, mi historia has conocido.

A ti, que no me has juzgado, te hago entrega de mi legado. Veintinueve hermanas y yo te estaremos esperando bajo las ramas de nuestro árbol.

Volví corriendo a la página anterior, todo empezaba a cuadrar, y para ser sincera, esto empezaba a darme bastante miedo pero, ¿y si alguien necesitaba ayuda de verdad? ¿Qué era lo peor que me podía pasar?

Me llené de valor y bajé las escaleras, me puse el primer abrigo que vi y salí al jardín. Debía ser cuidadosa para que nadie me viera, ya que la gran luna llena que iluminaba esa noche, me impedía esconderme en la oscuridad.

Me estaba aproximando al lugar que había sido dibujado, al principio no vi nada pero acercándome más pude distinguir en aquella noche luminosa numerosas sombras, por la cabeza me pasó de todo pero ya estaba allí, ya no había marcha atrás. De fondo se escuchaban murmullos, voces femeninas.

Una de las siluetas se dio cuenta de que estaba allí y me pareció ver que avisaba a las demás. Todas se giraron y la tenue luz me permitió ver que sonreían, sentí un gran alivio, me sentí acogida por todas ellas. Las había de todas las edades, desde unos diecisiete años hasta ancianas. Cada una diferente a la anterior. Vestían trajes sencillos, de materiales muy pobres y oscuros, y sus largas melenas largas y onduladas sueltas.

-Te has decidido a venir. Pensábamos que no lo harías -habló la que se encontraba en el centro del grupo. Era pelirroja, de piel pálida, y no pertenecía ni al grupo de las más mayores ni al de las más jóvenes-. Yo soy V. L. Conoces toda mi vida, ya solo te queda conocernos a mí y a mis hermanas.

La forma que tenía de mirarme aquella mujer me transmitió mucha confianza, me hizo sentir tranquila. Y entonces me decidí a hablar:

-No podía quedarme con la duda, tenía que comprobar que nadie me estaba gastando una broma, que alguien me necesitaba de verdad.

-Pues así es, nosotras te necesitamos, y mucho. Verás, hace unos quinientos años, las treinta fuimos condenadas a morir en la hoguera. Nosotras somos esas a las que llamaban brujas.

-¡Pero eso no es justo! Nadie se merece morir así, de esa forma tan cruel.

-Nos hicieron creer que nos los merecíamos, que nuestras ideas eran inaceptables, y que acabar con nosotras era razonable. Durante todos estos años, el miedo ha convencido a las personas de que aquel castigo era merecido, nunca nadie ha querido arriesgarse a comprendernos, ya que existía la amenaza de perder la cordura si se intentaba.

Me sentí mal, quise comprenderlas, pero aún no entendía por qué ese baúl estaba en casa de mi bisabuela, y por qué nadie lo había abierto. V.L. me explicó todo:

-El día antes de morir, cuando me enteré de lo que sería de mí, guardé todas mis pertenencias en aquel baúl y se lo entregué a mi hija. Eran escasas pero útiles y tenía la

esperanza de que a ella le enseñaran tanto como a mí y de que mi hija tuviera la oportunidad de conocer a su madre desde su origen, ya que me despegarían de ella muy pronto. Pero ella nunca quiso creerme, prefirió creer al pueblo. Para deshacerse de todo lo que le pudiera vincular conmigo, decidió no abrir nunca el baúl y dejar que se pudriera. Generación tras generación, ha ido pasando de mano en mano, sin nunca darle nadie importancia alguna. La suerte no ha estado presente en mi familia desde entonces, han relacionado las desgracias con aquel baúl. Por eso se lo entregaron a tu bisabuela, para deshacerse por fin de lo que creían que era una maldición.

-¿Y ahora qué va a pasar? ¿Mi familia va a tener mala suerte por tener ese baúl?

La más anciana del grupo se adelantó diciendo:

-No hija, el baúl nunca ha estado maldito, lo único que traía las desgracias era el odio, esas ganas de que acabaran con nosotras. Tú has sido la única persona que ha querido escucharnos, has abierto la mente y has decidido no juzgarnos por el hecho de ser diferentes. Nadie quería que esto acabase tanto como nosotras, nos has aceptado y ya podemos descansar. Gracias.

Para cuando empecé a comprenderlo todo, ellas ya habían desaparecido.

Unos años después, cuando mis hijos me preguntaron por el viejo baúl del desván, me aseguré de contarles la historia de aquellas treinta mujeres. Nunca más vencería la ignorancia.

Historia de ficción basada en los hechos sucedidos en Calahorra en 1507, cuando treinta mujeres, que se reunían las noches de luna llena al otro lado del Cidacos, fueron quemadas en la hoguera tras ser acusadas de brujería.